

EL PILOTAJE DE LA COMPLEJIDAD, LAS REDES SOCIALES Y LA GOBERNABILIDAD PLANETARIA

Raúl D. Motta

Globalización o planetarización

¿Es la globalización otro nombre de la era planetaria o de la planetarización? ¿Es la mundialización un sinónimo de globalización?

No; ni la globalización es otro nombre de la era planetaria, ni la mundialización es sinónimo de globalización, es decir, otro nombre de planetarización.

Sin embargo la globalización es parte de la planetarización y una forma imperfecta de percepción/producción de la misma. Se podrá cuestionar la globalización. Se podrá criticar y mejorar la dinámica tecnoeconómica que la anima, pero no por ello se sale de una mera superficialidad de una época, de un umbral que se desconoce como tal.

Esta época, este umbral, es la era planetaria.

La globalización de nuestra actividad productora global, es una pobre visión o imagen reductiva y mecánica de un proceso, lo planetario, que circula virósicamente por las arterias telemáticas. Es el intento de desarrollar una percepción mecánica de un mundo que se aproxima a lo cuántico. Es la visión empobrecida de una actitud de las ciencias sociales (la economía, la sociología, la psicología, etc.) que persisten en una lectura fragmentaria de un fenómeno global, transdisciplinario.

La globalización es una totalidad cerrada que deja una diversidad de mundos en la intemperie, es una exclusión, una totalidad imperfecta, como toda totalidad. La globalización como totalidad genera lo residual que es arrastrado por la planetarización en un dinámico todo-parte (marginalidad y residualidad), pero dicha dinámica es ya un proceso interior de una era planetaria que se percibe fragmentariamente, o como totalidad parcial y excluyente: mundialización.

Es imposible pensar la era planetaria como la generalización de un mundo particular que se globaliza: "McDonalización".

¿Existe el hombre planetario? No; existen los hombres errantes que yerran en la visión y la magnitud de las fuerzas que han desatado.

La era planetaria no es la época del "fin de la historia", ni el "fin de las ideologías". La era

planetaria está más cerca de ser percibida desde lo postmoderno asumido como visión provinciana *cool*, que como superación de la modernidad. ¿No es la postmodernidad, la conciencia de que la modernidad es una porción de tiempo histórico trasmutado gradualmente en objeto de consumo?

El fin de la historia es posible, en todo caso, a partir de esta idea de globalización como totalidad cerrada, como una mundialización de lo excluyente. La era planetaria es el juego de las historias que rebasan la Historia. Es una totalidad abierta que fragmenta las ideologías y provincializa los absolutos. La era planetaria es el espacio-tiempo que muestra la no verdad de la totalidad.

La era planetaria que recién comienza no es solamente, la era del “tiempo real”, es la edad del tiempo mundial (multiplicidad temporal y sincronidad compleja) y como tal, como recién venida, se manifiesta como una vacilación impetuosa y extraña que sin embargo se presiente familiar.

Cada día que pasa, más y más personas se sienten enredadas y al mismo tiempo excluidas, desamparadas por efectos de la globalización, sin embargo es este el sentimiento inaugural de la era planetaria.

Mientras que la filosofía sigue su camino de fragmentación, esclerotización, debilitamiento, nimiedadización, y la ciencia avanza hacia la hiperespecialización y tecnoburocratización asfixiante, la era planetaria reclama un pensar que integre la dispersión y fragmentación del saber potenciado por el flujo reticulado de la información y el conocimiento.

Ese pensar debe estar basado en una actitud transdisciplinaria capaz de asumir la diversidad contextual y expansiva de la complejidad de la planetarización que recién comienza.

*Arteramente,
el piso se hunde palmo a palmo,
rendido de pronto a su propio cansancio.
Pero no, no es el piso:
los pies se hunden palmo a palmo,
simuladas raíces andariegas
que no pueden continuar simulando.
Pero no, no son los pies:
el pensamiento se hunde palmo a palmo,
en busca de un espacio mayor,
de un cuerpo que de veras lo contenga.*

*Pero no, tampoco es el pensamiento:
la realidad se hunde palmo a palmo,
la realidad que ya no se conforma
con ser nada más que realidad.*

Este ensayo intenta mostrar una imagen del proceso de planetarización mundial (ver modelo), muestra la interiorización de las tensiones y de los conflictos que circulan en forma “global”, determinados por un juego de opuestos, a veces excluyentes, a veces complementarios. La diversidad de mundos, son todos fragmentos interiores que obligan a sus sociedades, tarde o temprano, a pensar la planetarización de su mundo y a percibir la mundialización de sus pensamientos.

Es así que el siglo XX ha creado y parcelado, a la vez, un tejido planetario único; sus fragmentos se aíslan, se erizan, se combaten entre ellos tienden a destruir el tejido sin el cual no habrían podido existir ni desarrollarse. Los Estados dominan la escena mundial como titanes brutales y borrachos, potentes e impotentes. ¿Cómo superar su era bárbara?

¿Será posible la gobernabilidad plantearia?

La mayoría de los problemas que amenazan la continuidad no solo de la especie humana, sino también del planeta Tierra son globales. Pero la percepción de los mismos son parciales y sus respuestas locales.

La posibilidad de articular visiones y decisiones locales en un plano acorde a la escala global de los problemas planetarios, es inviable desde las políticas y estrategias modernas y menos aun, desde la inteligencia ciega de la “tecnociencia”, mutilada y mutilante de su entorno e incapaz de percibir el acontecimiento de esta nueva emergencia del desarrollo humano.

...los Estados-nación, incluyendo a los grandes Estados-nación poliétnicos, son ya demasiado pequeños para los grandes problemas, en adelante ínter y trasnacionales: los problemas de la economía, los del desarrollo, los de la civilización tecnoindustrial, los de la homogeneización de los modos y géneros de vida, los de la desintegración de un mundo campesino milenario, los de la ecología, los de la droga, son problemas planetarios que exceden las competencias nacionales. Es así que el cierre sobre sí mismo, la balcanización generalizada suscitan algunos de los principales peligros del fin del milenio.

En el esquema se muestra un modelo de articulaciones de ciertos fenómenos mundiales que contribuyen desde una mirada que asume la complejidad, a la resignificación de algunos componentes de lo global desde una visión reticulante y dialógica. A partir de una perspectiva simplista cada “porción” del círculo es ingravida y apenas tiene consistencia entendida como diferente a sus vecinas, o como opuesta simétrica a la “porción” enfrentada. Por ejemplo, las dinámicas percibidas como “Homogeneización” (procesos de uniformidad civilizatorios) se viven y se observan como opuestos excluyentes a las dinámicas percibidas como “Heterogeneización” (procesos donde la emergencia de la diversidad y la lógica de la fragmentación, son vistos desde una perspectiva simplista). De esta manera en la Agenda Internacional solo se verifican las tendencias destructivas y contradictorias sin observarse aquellos procesos que son complementarios y retroprogresivos.

Un ejemplo: el Cambio Climático Global, percibido desde la actual lógica mutilante e inscripto como problema “global” en la actual Agenda Internacional, es imposible describirlo, estimarlo y calcularlo, y menos aún pensarlo y pilotarlo como un fenómeno planetario. Exagerado o no, la escala de este problema nos enfrenta a algo inédito: la Tierra en su totalidad está en juego, ¿cómo pensar este “objeto”? y los hombres en su conjunto juegan sin saberlo a este juego ¿cómo pensar este “sujeto”? Fenómenos parecidos al Cambio Climático Global, como el impacto de la concentración e irradiación de la circulación mundial de la información, el narcotráfico, el mercado negro de armas nucleares, los distintos niveles de la crisis ecológica, las crecientes desigualdades socio-económicas en todas las comunidades del planeta, los impactos de la especulación financiera global, etc.; reclaman una gobernabilidad planetaria que implica asumir la presencia y el anuncio de lo inédito en la historia.

Bruscamente, objetos vistos en forma local, la naturaleza, la economía, la sociedad, la cultura, la democracia, etc., se convierten en objetos globales, planetarios que reclaman un nuevo sujeto que ya no podrá ser ni un genio individual, ni un idiota colectivo.

Asumir la crisis de escala de nuestra “situación” es pensar nuevamente nuestra relación con la naturaleza, la historia, el conocimiento y los hombres entre sí. Solamente y a partir de esta perspectiva es posible pensar el pilotaje de la complejidad en acto.

Así como las consecuencias de la manipulación del hombre con la naturaleza devienen naturaleza y se transforman en variables físicas que como señala Serres, no solo se piensan, sino que “pesan”, las otras variables globales transforman el dominio del hombre sobre la Tierra en una encrucijada de la historia: muerte o simbiosis.

A fuerza de dominarla, hemos devenido tanto tan poco dueños de la Tierra, que ella amenaza a su vez con dominarnos de nuevo... ella nos poseerá como en otras épocas, cuando existía la vieja necesidad que nos sometía a las obligaciones naturales, pero de modo distinto a otras épocas. Antaño localmente, en la actualidad globalmente”.

La gobernabilidad planetaria exige comprender esta encrucijada y socializar su acontecimiento histórico a través de la visualización de este nuevo horizonte, que reclama un sujeto capaz de dominar su dominio, un nuevo sujeto capaz de pensar y pilotear la complejidad.

...la Tierra no es la suma de un planeta físico más la biosfera más la humanidad. La Tierra es una totalidad compleja/física/biológica/antropológica donde la vida es un emergente de la historia de la Tierra y el hombre un emergente de la historia de la vida terrestre. La relación del hombre con la naturaleza no puede concebirse de modo reductor ni separadamente. La humanidad es una entidad planetaria y biosférica. El ser humano, a la vez natural y sobrenatural, debe ser ubicado en la naturaleza viviente y física, pero emerge y se distingue de ella por la cultura, el pensamiento y la conciencia.

Es preciso repensar la política, desde la alternativa de la simbiosis y el pensamiento complejo, una política devenida pilotaje: decidir sobre la base de una conciencia de las interfaces, la inseparabilidad y la ínter-retroacción entre los fenómenos y sus contextos, y de sus retroacciones con el contexto planetario.

... la estrategia política requiere al conocimiento complejo, porque la estrategia surge trabajando con y contra lo incierto, lo aleatorio, el juego múltiple de las interacciones y las retroacciones... Mi propósito aquí no es el de enumerar los “mandamientos” del pensamiento complejo que he tratado de desentrañar, sino el de sensibilizarse a las enormes carencias de nuestro pensamiento, y del de comprender que un pensamiento mutilante conduce, necesariamente, a acciones mutilantes. Mi propósito es tomar conciencia de la patología contemporánea del pensamiento.

¿Qué significa gobernabilidad desde esta perspectiva? Significa abordar un nuevo estadio

de la política mundial, la política planetaria, es decir recrear la cogestión adaptativa y en red de todas las acciones de gobierno desde la perspectiva de la naturaleza global del Planeta-Tierra. ¿Podremos atravesar este umbral? Responder implica volver a examinar e inclusive, volver a firmar el contrato social, que implica esta vez en forma explícita, un nuevo contrato natural, que implica a su vez, un nuevo entendimiento, que nos lleva a la necesidad de la reforma del pensamiento y a la reforma de la educación, que implica un nuevo contrato social...

De otra manera la situación actual del mundo es inmanejable desde los criterios simplistas y fragmentadores de lo real. ¿Qué nos muestra la complejidad? La interacción de los siguientes factores y la emergencia de nuevos interrogantes.

La población del globo pasará de 8.500 a 12.000 millones de personas en 2030. Se va a duplicar en el espacio de una vida promedio. Un ejemplo, si en China se introduce el mercado global actual, y aumenta la productividad, un 4 a un 5% de su población se transformaría en “nuevos ricos”, ¿cuál sería el impacto “global” de más de 10 millones de “nuevos ricos” circulando por el mundo y en función del voraz consumo de la actualidad?

En este momento, el mundo está dividido en 5.500 millones de individuos pertenecientes a seis mil culturas diferentes. ¿Pueden participar en la creación de un gobierno planetario? Un nuevo contrato social parece utópico en un momento en que el egoísmo pasa por encima de las relaciones entre los hombres y entre las naciones aturdidas con la satisfacción de necesidades vitales y de consumo de bienes y de servicios ofrecidos por la economía de mercado. El 20% de la población del globo consume el 80% de las riquezas. ¿Cómo establecer un nuevo plano de gobernabilidad, cuando la pobreza, la desigualdad, el abandono, la enfermedad, la violencia, el integrismo, la intolerancia, los ataques contra las libertades individuales están a la orden del día? En un universo de lucha, de competencia encarnizada, ¿queda algún lugar para la cooperación, la complementariedad, la solidaridad? El mundo vive y se sincroniza con el tiempo único de los relojes. Y, sin embargo, hay mundos que coexisten en sus tiempos diferentes. Cada uno está encerrado en su espacio inercial, con su *densidad* de tiempo. Cada uno en su “propio mundo”, fuera del mundo.

Los mil millones de personas más desfavorecidos no tiene ni agua potable ni electricidad. No saben, en su mayoría, ni leer ni escribir. Subsisten gracias a la biomasa local, que sirve de fuente principal de energía. Su renta es inferior a un dólar por día y sólo les llega el 1,4% de la riqueza del planeta. Estos mil millones de personas han comenzado a desplazarse rumbo a otros lugares que

posibiliten su supervivencia. Entre ellos, 600 millones han alcanzado el umbral de desnutrición crónica, 400 millones están tan mal alimentados que son candidatos al retraso en el crecimiento, el retraso mental y la muerte prematura. Cien millones no tienen techo. Tres mil millones de personas viajan en autobús o en bicicleta, comen cereales, leguminosas que aportan proteínas vegetales, beben agua apenas limpia y disponen de leche para los niños.

Los mil millones de personas ricas consumen el 66% de los productos alimentarios del mundo, el 70% de la energía, el 75% de los metales, el 85% de la madera. Utilizan el 90% de los créditos de investigación y desarrollo y el 80% de los gastos de educación. Cada una de estas mil millones de personas utiliza diez veces más acero que un habitante del Tercer Mundo, doce veces más petróleo, quince veces más papel, dieciocho veces más productos químicos, diecinueve veces más aluminio. En este grupo, 400 millones se desplazan en coche, contribuyendo al 14% de las emisiones de CO₂. Los mil millones de consumidores de carne obtiene el 40% de sus calorías de las grasas animales. Consumen tres veces más grasa por persona que los cuatro mil millones de hombres restantes. Su modo de vida los lleva a consumir el 40% de la cosecha mundial de grano para la alimentación del ganado. Hacen falta 5 kilos de grano y la energía de 2 litros de combustible para producir un solo kilo de "churrascos".

Mientras que 400 millones de personas se encuentran por debajo del umbral de supervivencia, en Estados Unidos se gastan 5.000 millones de dólares al año en regímenes adelgazantes. Este es el espectáculo que ofrece el mundo. Con este estado de cosas, ¿cómo realizar las grandes transiciones que se imponen?

Sin embargo ninguno de estos males conforman un proceso determinado por una ley de la historia, ni por una ley natural, es un proceso determinado por su propio juego autoorganizador, siempre en el límite de su inestabilidad (estallido) o abolición de toda diversidad (uniformidad absoluta), este juego requiere un trabajo reomórfico que comienza por asumir como característica principal la vulnerabilidad y la complejidad del sistema global.

Vulnerabilidad que lleva dentro de sí la fortaleza del sistema, dado que la interdependencia compleja si bien puede reduplicar casi al infinito los males, también puede reduplicar las soluciones. Se trata del desafío de la gobernabilidad planetaria. Tal vez la emergencia de las redes sociales informales y el rápido deterioro de las formas asociativas e institucionales rígidas y jerárquico-piramidales no conduzcan solamente a consolidar este sistema autodestructivo, sino también a otra

forma de organización humana en el planeta.

Las redes sociales, una geopoética de la intemperie

Política, religión y ciencia pueden concurrir en la visión y en la construcción de una nueva forma de convivencia en el Planta-Tierra, una nueva concepción de desarrollo humano y de la coevolución de las sociedades del planeta. Muchos son los signos que señalan el rumbo necesario para superar la barbarie de la “edad de hierro planetaria”. Se requiere un nuevo y fortalecido ecumenismo, una religión (re-ligazón) y una inteligencia organizacional de la complejidad del devenir humano de la planetarización, capaz de articular millares de pequeñas decisiones concertadas, con la finalidad de regular un sistema complejo, en precario equilibrio, como nuestro planeta: estrella errante, donde sus pilotos yerran y aciertan en un juego global, mundial y planetario, signado por la incertidumbre.

¿Realismo o Utopía? ¿Posibilidad o imposibilidad? Son falsas opciones. Sobre todo cuando las tendencias actuales de la autodestrucción en curso de la civilización es hija de las utopías que regaron de sangre el Siglo XX y del “realismo político” generalmente alimentado de la doble ceguera del “corto plazo” y de la “administración de lo local”.

Superar la era planetaria, percibir la Tierra como patria de la Humanidad y asumir el pilotaje de la complejidad, todos procesos que se retroalimentan en sus demandas y emergencias desordenadas, requiere del “sujeto Humanidad” la puesta en obra de una nueva versión del progreso, esta vez como resistencia a la barbarie.

El progreso, dice Laborit, no vendrá del Oeste ni del Este, ni del Tercer Mundo, sino de la planetarización de la humanidad. Hay que añadir que la planetarización de la humanidad vendrá del Oeste, del Este, del Tercer Mundo. Vendrá de todas partes y de ninguna. Vendrá de lo femenino y lo masculino, de lo juvenil, de lo adulto, de lo viejo, de lo proletario, de lo intelectual. Vendrá de miríadas de desviaciones que confluyen en sinergia general. Vendrá de la unión entre la extrema inconsciencia de las necesidades espontáneas y la extrema conciencia de un nuevo pensamiento complejo. Vendrá, tal vez, pero no viene todavía: al contrario, cada uno de los movimientos, si no encuentra el enlace del que resulta uno de sus constituyentes y donde se integra, cae, aislado, y todo se dispersa en fragmentos desunidos, revueltos, cada uno de

ellos encogiéndose sobre sí mismo, en un neoegoísmo, fanatismo, dogmatismo singular y fragmentario...

Inspirado en la idea de “fundamentos” de la Trilogía de Isaac Asimov, Morin señala que es preciso abandonar el mito de la “Revolución-Salvación” y retornar, retomar la idea de revolución a partir de la idea de resistencia. De esta “transducción” surgen los “fundamentos” de una nueva misión:

“Constituir los núcleos de resistencia de toda cultura que serán al mismo tiempo los núcleos (nodos) de la nueva cultura”.

“Constituir los tejidos embrionarios de nuevas relaciones sociales y de otra vida” (los movimientos de las redes sociales).

“Constituir los islotes de búsqueda de un pensamiento no “mutilado/no mutilante” para comprendernos, comprendiendo el mundo y “los mundos”.

La idea de fundamentos señala Morin, es la que permite conservar no solamente el pasado, sino sobre todo el futuro. No se trata solamente de conservar los valores del pasado, tampoco de conquistar el futuro (paraíso helado de un progreso in-humano) se trata de construir los futuros posibles a través de la conservación/invención de valores que resistan a la muerte, como dice Morin “el porvenir pasa por la resistencia”.

La revolución del tercer milenio, dice Morin, carece de recetas, la resistencia apela a la autonomía de cada uno y a la toma de responsabilidad personal. Cada uno actúa e interactúa en una red, invisible para la inteligencia ciega, visible para la resistencia inteligente.

Esta interacción se reproduce mediante redes que conforman una geopoética de la intemperie, una trama de composición con el entorno, es una semiosis del amparo que da forma al mundo (poética). Una dinámica rearticuladora de lo que merece ser salvado, aquello que dentro de la agitación de “las cosas” por la errancia planetaria requiere de una nueva “situación”, que reinvente la gravedad de los sistemas de referencia y pertenencia, sin renunciar a la inauguración del despliegue de un nomadismo espiritual recién venido, que como tal busca un lugar en medio de la borrosidad de todos los límites establecidos, *“caminante no hay camino, se hace camino al andar”*, es un caminar que exige de parte del sujeto la construcción de una “estrategia de las mutaciones” (Dante) y una hierofanía de máscaras (Pessoa).

Renacimiento de la persona, reinención del sujeto en composición con la mutación del

entorno. Cosmo-ego-grafía. Un sujeto que renace de los signos del coloquio entre los hombres. Octavio Paz se pregunta ¿qué somos nosotros los hombres? en esta mutación cuyo componente principal es la revolución de las comunicaciones y ensaya el siguiente ejercicio de geopoética:

El centelleo de un vidrio roto tocado por la luz meridiana, la vibración de un follaje oscuro al pasar por el campo, el crujir de la marcha en una noche de frío. Somos más bien poca cosa y, no obstante la totalidad nos mece, somos el canal de transmisión: por nosotros fluyen los lenguajes y nuestros cuerpos los traducen a otros lenguajes.

Tal vez podría realizarse una suerte de conclusión al paso, aquella que sugiere que el sujeto es algo así como un abrazo fugaz que instauro una identidad reconfigurante entre la abstracción y la distracción, entre el orden y el desorden, entre la entropía y la génesis y entre el silencio y los gritos.

Allí, en el cruce y el sostén de las miradas surge el espacio y el tiempo de la conversación, la solidaridad y la reinención del amor, espacio y tiempo en donde el sujeto regresa de su extravío entre las cosas y los nombres. Porque si los hombres se igualan como en la actualidad, a las cosas y sus nombres, tiene razón Roberto Juarroz cuando afirma “el signo igual parece a veces la duplicación ensimismada del menos”.